



Viuda e hijos de Arango, Editores.

Lit. de L...

RAHAB.



RAHAB.

Y luego que los hubo despedido (á sus dos huéspedes) colgó la cinta colorada en la ventana.

(Josué II. v. 21.)

HOMBRES y leyes, hé aquí lo que Moisés al morir dejaba á Josué, su sucesor. Las leyes eran sábias y armónicamente combinadas: una vida llena de fátigas y de privaciones, un destierro de cuarenta años entre los arenales y las montañas del Desierto, luchas á mano armada contra las tribus limítrofes, todos estos esfuerzos reunidos habian disciplinado y aguerrido aquellos hombres. Pero faltábales el suelo dónde fijarse, aquel suelo que es para los pueblos lo que el hogar doméstico para los individuos, el querido y sagrado asilo de las mas preciosas riquezas y de los mas suaves goees, el punto en donde se concentra la fuerza del ataque y de la resistencia, el manantial fecundo en donde se ali-

menta la vida. Las razas nómadas no pasan de un pueblo comenzado: las razas separadas de su tronco viviente y arrojadas sin raíces sobre la tierra extraña por la espada del conquistador, no son mas que un desecho de pueblo, restos, ruinas de una nacion: las unas y las otras, semejantes á unas sombras fugitivas, pasan sin hacer ruido en la historia de la humanidad, hasta el día en que se fijan en regiones invadidas, ó vuelven á empezar sobre la tumba de sus antepasados una nueva existencia. Las leyes, las costumbres, la civilizacion en general, parece que surgen de la tierra como el verdor y las plantas. Verdad es que los pueblos vencidos pueden llevar consigo en su dispersion el idioma nacional para cantar la patria, y su corazon para amarla; pero no pueden devolverle su nombre ni su prosperidad, sino dejándola sentar sobre un suelo defendido por su espada, cultivado por sus manos y marcado con el sello de su génio y de su libertad.

El que debia constituir definitivamente los hebreos dándoles una patria, era Josué. Valiente en la guerra, perspicaz y sábio en el consejo, hábil y recto en dirigir los ánimos, y fuerte con el poder de su elocuencia, habia fijado la atencion y el aprecio de Moisés; fué elejdo de lo alto para continuar la obra de aquel grande hombre, y le cupo el honor de corresponder á tal eleccion por la firmeza de su carácter y por el heroismo de su espíritu de sacrificio. Emancipados del yugo del Egipto, escapados de las soledades devoradoras de la Arabia, los hebreos estaban acampados en las llanuras de Moab, no léjos del Mar Muerto. Moisés acababa de fallecer sobre la cumbre del monte Nebo, despues de haber paseado su vista sobre el país de Canan, larga y simpática mirada por aquel suelo, objeto de tantos votos y esperanzas, con tanto ardor y por tan largo tiempo alimentadas. Entónces Jehová dijo á Josué: "Mi siervo Moisés ha muerto: anda y pasa ese Jordan al frente de todo tu pueblo, y entra en la tierra que tengo destinada á los hijos de Israel: toda la extension de ella que pisarán vuestras plantas, os la daré, segun las promesas que hice á Moisés. El país de los heteos os pertenece, desde el Desierto de

Egipto y el Líbano, hasta el rio Eufrátes y el Mar Grande, que os sirven de confines. Nadie, durante tu vida, podrá resistir á Israel: como estuve con Moisés, así estaré contigo, sin dejarte jamás. Sé firme y esforzado, pues tú has de repartir por suerte la tierra que prometí á sus padres que le daría....."

Esta tierra prometida á los patriarcas, y en la que sus descendientes iban á habitar como señores, era entónces de una maravillosa fecundidad. Situada bajo una latitud mas meridional aún que la parte en el día colonial del Africa, presenta sus vallados y sus colinas á los fuegos de un sol siempre ardiente, mientras que el Mediterráneo envía allí desde el Occidente sus frescas y regaladas brisas. El Líbano con sus copudos cedros la protege contra los frios vientos del Norte, y una cordillera de montañas que le sirve de límite por la parte del Mediodía, y corre despues hácia el Este, mas alla del Jordan, detiene en su marcha aquellas oleadas de aire sofocante y abrasador que se exhala de los arenales de la Arabia. Raras son allí las lluvias, á ménos que sea en otoño ó primavera, pues en la estacion estival no hay mas que abundantes rocíos. Pero brotan de los flancos de las montañas abundantes chorros de agua, y las concavidades de los valles conservan su capa de verdor á beneficio de esta humedad que mantiene sin interrupcion la misma naturaleza. El suelo presenta diversos aspectos, que admiran por su oportuna variedad: llanuras propias para el cultivo, colinas pedregosas, donde pueden medrar las viñas y los árboles frutales, y cuyas faldas, cubiertas de espesa yerba, presentaban fácil alimento á numerosos rebaños. El país daba en abundancia aceite y miel, cebada y trigo, y todas las sabrosas y delicadas producciones de los terrenos meridionales. Así es como aquella inundacion de gentío pudo muy fácilmente entrar y apiñarse entre sus mas estrechos lindes, sin tener que sufrir los rigores de la miseria ni del hambre.

No seria razonable el tomar el estado presente de la Palestina para juzgar de su primitiva fertilidad. El hierro y la llama

han pasado veinte veces sobre la faz de aquella tierra desdichada: el hombre no derrama ya en ella sus fecundos sudores, ni su mano viene á detener los bruscos ataques de una naturaleza selvática, ni á corregir los deterioros é injurias que el tiempo deja en pos de sí. La guerra estuvo allí de asiento por largo tiempo, y lo dejó todo agostado bajo su planta abrasadora: sentóse despues de ella la barbárie, y todo ha quedado en su derredor triste, sombrío, taciturno, y caído en una languidez siempre mas decadente. A vista de aquellos campos estériles, en donde duermen tantas ruinas, parécenos ver levantarse las sombras de los antiguos profetas de la Judea, y señalar con el dedo el terrible cumplimiento de sus amenazas contra la infidelidad de Israel. Una tierra á medio cultivar, una vejetacion endeble y enfermiza, aldeas miserables y esparcidas sobre desnudos collados, rebaños demacrados de cabras y de carneros, conducidos por un escuálido pastor, á quien se tomaba por el espectro del hambre; una especie de velo sombrío y sin esperanza como tendido sobre aquellas regiones que llevan el luto de una eterna viudez, y la marea de fuego del cautiverio. Todas estas desolaciones juntas hacen respirar allí como un ambiente de indignacion divina, y parécenos sentir pasar sobre nuestra cabeza estremecida el sople de Jehová, que arroja á gran distancia la aridez y la melancolia.

Y sin embargo, esta tierra á pesar del anatema contra ella fulminado, conserva todavía señales de grandeza y de fecundidad que dejan entrever lo que fué, y lo que podia ser aún. ¡Qué país del antiguo continente ofrece en su conjunto perspectivas mas grandiosas, en que la gracia y la majestad resalten en proporciones mas felizmente combinadas! Colinas y montañas, agrupadas en cadena continua ó dispuestas en anfiteatro, abren por entre sus dentelladas cumbres y sobre sus torneados flancos, horizontes bañados de purísima lumbre, y huyendó por entre las honduras de un argentado cielo. Los vapores transparentes y las sombras estables, cual se observan siempre en los climas cálidos, el verder y el sol, la tierra y el firmamento, todo está enlazado

y combinado con una inimitable armonía de líneas y de colores, con un concierto maravilloso de fuerza y de suavidad. En ninguna parte quizá trazó la mano del Supremo Artífice tan primorosos dibujos, ni derramó con tan larga mano los tesoros de su pincel, ni multiplicó con mayor profusion los mágicos y variados efectos, ni lo dispuso todo con mas embelesante simetría. Bajo esta atmósfera ardiente y serena crecen de trecho en trecho algunos grupos de arbustos siempre verdes, pero tambien siempre menguados y sin medrar, porque les falta el cultivo, y porque el árabe deja comer las tiernas ramas á sus rebaños. Mas allá se descubren árboles nudosos y corpulentos, cuyas densas y pobladas copas dan un poco de sombra á les viajeros. Brotan del lecho de un seco arroyo penachos de rosas y laureles formando matizadas praderas: sicómoros, plátanos y granados silvestres se arraigan por sí mismos en las pendientes de las montañas, cuyos cantos visten como de graciosas guirnaldas; y bosquesillos de higueras negras, de nopales y de naranjos, cubren de frescura y de verder algunos valles privilegiados. En las llanuras una capa profunda de tierra negruzca y lijera produce altas yerbas, densos zarzales, cardos enormes, y toda especie de plantas y de flores. Estas riquezas naturales, muestras de espontánea fecundidad, resaltan entre mil señales de ruina y desolacion, como una sonrisa irónica que Dios deja caer sobre un pueblo ingrato para quien habia preparado tan espléndica morada, sobre un país que la impostura y el despotismo del Koran han vuelto tan miserable, y que recobrará su ornamento y su prosperidad cuando manos libres abrirán sus entrañas al sol vivificante de la civilizacion cristiana.

Madama Cottin, bajo el título de *La toma de Jericó ó la pecadora convertida*, describió con fresco é interesante colorido la parte mas importante de la historia de Rahab, dorándola con los rasgos de una imaginacion viva y risueña. No siendo posible trasladar aquí por entero sus graciosas páginas, tomaremos una que

otra de sus escenas cuando lo permita la oportunidad, para no separarnos demasiado del texto histórico.

Véase la descripción del campo de Israel luego después que Josué había bajado del monte y había escuchado la voz del Señor.

“Al llegar á su tienda, manda sonar la sagrada trompeta para convocar junto á sí todas las tribus. Extiéndese el estrépitoso sonido por la inmensa llanura, semejante al bronco fragor de las bocinas invisibles que resonaban entre las nubes del Sinai. Esta señal es un anuncio de que el cielo acaba de hablar: toda aquella muchedumbre de pueblo en masa se pone en movimiento, y aparece en aquellos vastos desiertos como las olas de un mar agitado. Cada uno corre precipitadamente en varias direcciones, y pregunta con afanosa impaciencia cual sea la revelación divina, de la que depende la suerte general. Cada tribu se vá acercando con lentitud á la tienda de Josué. Avanzase al frente de todas la seberbia y numerosa Judá, que obtuvo siempre el primer rango desde que le fueron prometidos por Jacob el cetro y la gloria sin igual de dar un salvador al mundo. Síguela inmediatamente la orgullosa Efraim, que se gloria de descender de José, de formar una raza patriarcal, y sobre todo, de ver en el venerable gefe de Israel un miembro elejido de su seno. Aparece Leví por su orden: aunque excluida de la repartición de las tierras, cree que el derechos exclusivo á ella sola de dar sacerdotes al Señor, compensa y aun aventaja toda otra prerogativa. Tú seguías después, infortunada Benjamin, tú que pones tu gloria en ser hija del predilecto de Jacob: ¡ah! no prevenías entonces las abominaciones que debían abortar en tu seno, y que el odio contra tí uniría á tus propios hermanos para destruirte. Cada tribu, en fin, ocupa su lugar. La última que llega es la de Dan, aunque su nacimiento le dá un derecho de primacía sobre Neftalí; pero destinada sin duda para dar á la otras el ejemplo sacrílego de la idolatría, quiso Dios castigarla de antemano, porque había de ser la primera en abandonar su culto.

“Josué extiende sus miradas paternales sobre esta numerosa descendencia de Jacob, que fijando todos en él la vista, é inclinando el cuerpo en señal de respeto, esperaban con sumisión que se les revelase la voluntad del Señor. El inspirado caudillo levanta al cielo sus ojos resplandecientes, y parece por algunos instantes como en misteriosa comunicación con la Divinidad.

La innumerable multitud de oyentes, diseminada á largos trechos y en distintas direcciones, guarda un silencio respetuoso y sublime; porque nada mas imponente que cuando calla la voz de un gran pueblo, y solo se percibe el ruido del viento que hace resonar las ramas de los árboles. Cada israelita dirige al cielo ocultamente sus votos, mil recuerdos se agolpan en aquel momento en su imaginación, el alma sofoca todos los afectos, y solo le queda la esperanza; y si algun ligero movimiento puede interrumpir la quietud universal á lo largo de las filas, es algun mal comprimido suspiro.

“Josué vuelve á fijar sus ojos sobre la tierra, se entenece, extiende con gravedad sus brazos y da la fervorosa bendición á su pueblo sumiso. En medio del religioso silencio, empieza á resonar su voz sin obstáculo por las vastas llanuras y todos la perciben á gran distancia. “Hijos de Israel, exclama: el Dios de los ejércitos acaba de hablarme, y nos manda emprender la conquista de la herencia que después de tanto tiempo destina á la posteridad de Abraham. Si es sincera nuestra fé y ciega nuestra obediencia, él mismo nos promete la victoria.” Calla aquí la voz de Josué, los ecos la llevan tal vez mas allá del campamento, y se pierde por el espacio inmensurable. Un grito de júbilo iba á escapar de la multitud; pero Josué extiende sobre su pueblo la vara misteriosa y vuelve á imponer silencio. Alza otra vez los ojos al cielo, para saber sin duda si ha de revelar mas. Inflámasse su semblante, extiende á lo alto sus manos, lágrimas brotan de sus ojos, todo el pueblo atento á sus acciones cree que Jehová descende otra vez sobre la tierra: todos bajan la frente hasta

tocarla y quisieran aun humillarse mas. A pesar de las bondades que acaban de oír, todos temen haber ofendido al Señor, y vacilantes entre el temor y la esperanza, caen de sus ojos en abundancia aquel dulcísimo llanto que purifica el corazón y le prepara para la felicidad.

.....
 "El silencio universal se interrumpe ya por sollozos prolongados que se perciben de todos puntos. Unos golpean sus pechos, otros quisieran ocultar su rostro entre la tierra. Aumentase el confuso ruido de la consternación general. ¿Porqué no habla Josué? Oyese repentinamente su voz: "No temais," y vuelve la multitud á quedar muda é inmóvil: vais á ver renovados todos los prodigios que asombraron á vuestros padres en el Desierto. El Señor mismo en persona marchará al frente de su pueblo: el grande, el fuerte, el inmortal: á su voz poderosa, á la voz que dividió las ondas del Eriteo, los montes tan antiguos como el mundo caerán, los peñascos respetados por los siglos se estrellarán, los ríos le abrirán senda entre sus ondas, porque el Señor es grande, manda á los elementos, y sostiene entre sus manos los cimientos de la tierra. Indignado entonces hollará bajo sus plantas á los impíos que temblando invocarán á la nada para que los devore; pero la nada no responderá á su clamor, y nosotros los veremos desaparecer á nuestros ojos, como la hoja seca que se lleva el viento. Apresurémonos, pues, á cumplir lo que Dios manda, él nos sostendrá en tan santa empresa. Mas ántes de dejar las llanuras de Moab, para acercarnos á las orillas del Jordan, mientras ofrecemos sacrificios al Señor, y todos los hijos de Israel, guardando rigurosa abstinencia, evitarán por tres días los abrazos de sus esposas, voy á enviar á Jericó dos de los mas valientes, para que nos informen de las fuerzas de la ciudad y de la disposición de sus habitantes.

.....
 "Calla Josué, y la muchedumbre, agitada como un espeso bosque sacudido por el ábrego impetuoso, aplaude con aclamaciones

confusas las palabras de su digno jefe, arde ya en el deseo de vencer bajo sus órdenes, y manifiesta su gratitud al Señor con gran número de holocaustos. Los jefes de cada tribu se reunen tumultuosamente para descubrir quien será el escogido: huyen los débiles asustados por el peligro de la empresa, y los intrépidos se acercan ansiosos de obtenerla. Josué, entretanto, se retira de entre el pueblo, quizá para buscar en el silencio la voluntad del Señor en la elección de los dos exploradores."

La autora de *La toma de Jericó* introduce dos personajes designados con los nombres de Horam y de Isachar; pero el texto sagrado se limita á indicar que Josué, para rendir mas fácilmente bajo el imperio de sus armas las fronteras de aquella hermosa region, envió delante de sí á dos intrépidos guerreros, encargados de reconocer el punto en el cual debia operarse la invasión. Hallábase Josué entonces en Setim, dos leguas mas allá del Jordan, al norte y no léjos del Mar Muerto. Casi en frente, y tambien dos leguas mas acá del rio, se hallaba situada Jericó, la primera ciudad que era preciso tomar, y allí se dirijieron los dos enviados con riesgo inminente de su vida.

La fantasía de Madama Cottin intercala con oportunidad un diálogo entre los dos guerreros durante el camino.

"No bien los primeros rayos del dia habian bañado de luz pura las tortuosas cimas del Garizim, cuando el bravo Horam y el jóven Isachar se dirijieron hácia el Jordan: fieros entrambos por la confianza de su jefe y sumisos á las órdenes de su Dios, despreciaban intrépidos el peligro, y solo pensaban en la gloria. Horam, cargado de dias y de experiencia, testigo por espacio de cuarenta años que divagaba con sus hermanos por el Desierto, de todos los milagros que Dios habia obrado á su favor y de las terribles venganzas con que habia castigado sus iniquidades, instruía con gusto al jóven héroe de lo que habia visto. Este vasto y fértil país que atravesamos, le decia, perteneció un tiempo al infiel Amorreo, pero despues vino á ser patrimonio de nuestros hermanos. Ruben, Gad y Manases se han establecido